¿Vives tu fe por convicción o por las circunstancias? // Carlos Reich PRÉDICA 2026

La fe como certeza y convicción

La fe no es un concepto exclusivo de quienes creen en Dios. En realidad, todos los seres humanos viven por fe. Cada vez que alguien se sienta en una silla confiando en que soportará su peso, o cruza una calle creyendo que los coches se detendrán ante el semáforo, está actuando sobre una certeza interna. La vida cotidiana está llena de decisiones basadas en convicciones invisibles.

La fe se desarrolla a lo largo de la vida. No es algo automático con lo que una persona nace, sino algo que se forma al decidir creer en aquello que considera verdadero. Cada individuo posee su propia fe: algunos la ponen en sistemas humanos, otros en sí mismos, y otros en Dios.

La Biblia define la fe como “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Esta definición muestra que la fe produce seguridad interior. No se trata de una sensación mística sin fundamento, sino de una convicción profunda que determina cómo se vive.

La fe en la vida cotidiana y sus efectos

Las acciones diarias están gobernadas por aquello que creemos. Cuando alguien confía en la ley de tránsito y cruza la calle con luz verde, está actuando conforme a su certeza. De la misma manera, las personas viven según sus convicciones

internas.

Por eso es fundamental tener conceptos correctos. Creer mal conduce a actuar mal, y actuar mal lleva a vivir mal. En cambio, cuando las certezas son correctas, la vida adquiere estabilidad.

Muchas personas viven en duda constante. La duda produce inestabilidad emocional: un día ánimo alto, otro día desánimo. La Escritura compara a la persona indecisa con la ola del mar que sube y baja continuamente. La falta de convicciones firmes impide mantener dirección y fortaleza ante los problemas.

Todos enfrentan dificultades, pero quienes no poseen certezas profundas quedan dominados por las circunstancias. Comprender la raíz del desánimo implica revisar aquello en lo que realmente se cree.

La fe en Dios y la vida eterna

Confiar en Dios significa estar seguro de recibir aquello que Él promete. La fe permite afirmar la existencia de una realidad aun sin verla. Esta convicción impulsa a avanzar y progresar en la vida.

La fe en Jesucristo de Nazaret produce certeza de amor, perdón y adopción espiritual. El creyente no se apoya solo en ideas, sino en una relación personal que transforma su identidad.

Todos nacen y mueren, pero la fe afirma que la muerte no es el final. Es el paso hacia otra etapa. El creyente puede tener la seguridad de la vida eterna, tal como expresó apóstol Pablo al decir que morir es ganancia, porque esperaba estar en la presencia de Dios.

La eternidad no puede demostrarse científicamente, pero la fe permite afirmarla con convicción interior. Esta esperanza da sentido a la existencia y elimina el temor definitivo.

La armadura espiritual y el escudo de la fe

La vida espiritual requiere protección. La enseñanza bíblica presenta la imagen de una armadura para describir la defensa interior del creyente. No es una metáfora superficial: señala la necesidad de cuidar la mente y el corazón frente al miedo y la duda.

El escudo de la fe protege contra las mentiras y pensamientos destructivos. No son el dinero, la influencia ni la fortaleza física los que sostienen la vida interior, sino las convicciones basadas en la palabra de Dios.

La fe actúa como defensa diaria frente a pensamientos negativos, inseguridades y acusaciones internas.

Vivir con certezas firmes

La vida se fortalece cuando se vive desde convicciones y no desde interrogantes permanentes. La certeza de que Dios ama, sana y libera produce paz interior.

Esta convicción cambia la forma de vivir. El creyente deja de sentirse inseguro y comienza a experimentar identidad: sabe que es hijo de Dios.

Un ejemplo relatado muestra a un joven que vivía en la calle y en adicciones. Tras un encuentro espiritual, cambió su vida, comenzó a leer la Biblia y mantuvo su fe incluso cuando intentaron apartarlo de ella. Su transformación no dependía de emociones pasajeras, sino de una certeza arraigada.

Muchos abandonan su fe cuando llegan los problemas porque sus convicciones eran superficiales. Las certezas profundas, en cambio, permanecen incluso en la adversidad.

Acercarse a Dios con fe

La oración se basa en la certeza de que Dios escucha. Quien se acerca con duda constante pierde confianza y esperanza. La fe permite buscar a Dios con todo el corazón.

El escudo de la fe sirve para apagar pensamientos negativos y mentiras internas. No se trata de negar la realidad, sino de interpretarla desde una convicción superior.

Cada día es una lucha entre creer lo que dictan las circunstancias o creer lo que afirma la palabra de Dios.

Testimonios de sanación y convicción

La experiencia personal fortalece la fe. Un testimonio relata sanidad de asma, alergia y sinusitis tras confiar en la palabra de Dios. Desde entonces, la certeza permanece.

La convicción de que Dios puede sanar y perdonar combate las dudas. La fe no elimina la batalla diaria, pero da seguridad para enfrentarla.

La experiencia espiritual se convierte en un recuerdo imposible de arrancar, un punto firme al cual aferrarse frente a la incertidumbre.

La lucha diaria por mantener la fe

Mantener la fe requiere decisión diaria. La certeza de la resurrección futura sostiene al creyente en medio de la vida presente.

La oración fortalece esta convicción: hablar con Dios, agradecer y recordar sus promesas reafirma la seguridad interior.

El poder transformador de la palabra de Dios

La palabra de Dios actúa sobre la mente y el corazón. Cuando se proclama, las dudas retroceden y el ánimo se levanta. La fe no es autosugestión, sino confianza en una verdad superior que renueva la vida.

El objetivo final es que el desanimado reciba fortaleza, el debilitado esperanza y el creyente convicción firme. La fe produce estabilidad, esperanza y una vida orientada hacia la eternidad.